



José Cela: Dos relatos

Eva y Adán

... se abatio el nebl del cielo, / y por
... en una zarza. / Eran largas las
... prendió. / sacadas de aquellas telas /

... nombre, ni nacion, ni ideas. Eva y
... muy saludables y naturales y lo único
... en cueros, mirándose y remirándose
... recíprocamente de pre a pa: esto es el
... ombligo, misterioso como una mina de
... adoco, etc.); esto son los labios, esto la
... esto la nariz, esto, el sexo, fijate bien,
... amblados (al correr del tiempo un
... entaría el machihembrado a caja y
... eta, que las posibilidades son tantas,
... sculturas del templo de Khajuraho);
... el final

... vergüenza tener tetas como tu Eva,
... que esos alardes no son sino immedes-

... nservador y poco amigo de dar tres
... comer manzanas verdes.

... s, sin duda, y lo que conviene en cada
... ro que tus excesos no nos acarrearán

... isamente sumisa, no levanta el mirar
... un verdadero esfuerzo, la reconviene,

... una vez para siempre, que no estoy
... tu falta de sentido común me empuje

... trabajo. Aquí vivimos bien, Eva, amor
... de hacerte entender), sin lujos pero

... ra de aquí, ¿qué es lo que nos espera?
... y la sirena de la fabrica, la jornada de

... retribuidas, el seguro de enfermedad,
... mbol, la partida de mus y el sudor, por

... que es el excipiente de la vida del
... ando con fuego, con el fuego en el que

... ler.

... que según el sabio estudio del presbitero
... Chiva, alias Vicentico, caía hacia

... ueza y bienestar y holgura: la fresa
... amaño del melón, la víbora acariciaba

... munda violeta lucía poderosa como un
... y al verderol, al franciscano verderol.

... asteros. En el Edén, antes de que Eva
... adie pensaba en la ruinosa pelea del

... y sanguinario dragón Tihamat.

... Eva!

... del barro, gasta pelo en el pecho y en
... ere depilarse (los hermanos Humberto

... da va, pincelada viene, pintaron - sus
... anzuda) Cuando Knumis, en su alfar,

... fan nació ya adulto), las estrellas del
... te noches sin atreverse a combatir las

... reunidas, formaron un río de leche en
... nte. (Ormuz castigó a Meschia y a

... leche de la cabra blanca y los mandó
... todos, por cierto, de la próspera monta-

... ritu maligno, disfrazado de culebrón
... primera mujer y la convenció de que

... al primer hombre el fruto del rey de los
... cia y la vida, cuyas virtudes cantó en

... la liturgia pero también la lengua de la

... que?

... la inocencia (y con ella su secuela de
... e encaro con Protógonos

... Adán, un haragán! Estaba ya harta,
... dia al marido en casa! Búscate un

... demás, y renuncia a vivir de la renta.



Eres joven y saludable. ¡El peor remordimiento de conciencia debiera darte tu aversión al trabajo!

Calpios, el viento, y el caos Baan se casaron y tuvieron dos hijos: Eon, la antojadiza, y Protógonos, el señorito. Belo, el dios caldeo, de un fiero hachazo (de un limpio golpe de espada, según otros) partió a la mujer en dos partes iguales: el cielo y la tierra. Después se decapitó, delante del espejo como Larra cuando apretó el gatillo, y de su sangre mezclada con la tierra nacieron los hombres. Eva y Adán, cuando Minhoa los desahució, se ayuntaron y tuvieron doscientos cuarenta hijos, habidos en ciento veinte partos de varón y hembra. Los hijos de Eva y Adán se amaron por parejas, sin más veda que la del amor entre gemelos. Cain o Cabil, alias Lanza, de oficio labriego, se crió en el vientre de Eva al tiempo que la bella Aclimia, después esposa de Abel o-Habil, alias sopro, de oficio pastor de ovejas, que nació acompañado de Lebuda, mujer de poca gracia, que tocó a Cabil en matrimonio. Este osó faltar a la costumbre cortejando a Aclimia y como Habil - el tercer marido - no quiso doblegarse a la exigencia, murió a sus manos. Cabil cargó durante cuarenta días y cuarenta noches con el cadáver del hermano a cuestras y, cuando fue acusado por los cuervos, lo enterró a tres leguas de Damasco, cerca de donde lo matara.

Eva y Adán (eran largas las pihuelas / por do la paz se perdió) aún siguen sufriendo y trabajando, él; partiendo, ella, los hijos con sufrimiento.

La lavandera

**cabellos cortos sobr'ell oreja,
frente blanca e locana,
cara fresca como macana;
nariz igual e drita,
nunca vistas tan bien feita,
ojos negros e ridientes,
boca a razón e blancos dientes,
labros vermejos non muy delgados.**

**por verdat bien mesurados;
por la cintura delgada,
bien estant e mesurada.**

Anónimo, Razón d' amor.

Euridice IX (léase nona; no noventa ni nueve), esposa del violinista y tañedor de lira Orfeo y nuera, por tanto, de Apolo y de la musa Caliope, murió de mordedura de sierpe cuando, al aire los rosados cueros, la trenza suelta (desnuda en una queca, / lavando a la fontana, / estava la niña locana, / las manos sobre la treca), lavaba pañuelos en las trágicas y sonoras y frescas aguas del río Hebro, antesala de las calderas de Plutón. Orfeo la rescató de las llamas (Peruzzi. Orfeo y Euridice, Farnesina, Roma) pero, contra lo pactado con Perséfone, reina de las sombras, la miró, inflamado de amor, antes de que saliera de la oscuridad, y la sumió (ya para siempre jamás) en las procelosas tinieblas de Hades, donde aún sigue.

Orfeo, con el recuerdo de Euridice IX, la imposible, atenazándole los sentidos, olvidó los deleites y el suave tacto de pescado fresco de la carne femenina, y las mujeres tracias (¡qué malas bestias!), al verse desairadas por el poeta, se vengaron de él descurtiéndolo en una juerga y arrojando sus despojos al río, para que los olvidara la corriente.

Euridice IX tiene los blondos cabellos cortos sobr'ell oreja, peinados y despeinados con primor; la frente blanca e locana, de nácar; la saludable mejilla y la cara toda, fresca como macana; los ojos negros (quizás azul oscuro) e ridientes; la nariz bien dibujada, igual a dreita; los dientes blancos; la boca amorosa y a razón (siempre a razón d' amor), y los labros que besó Orfeo, vermejos non muy delgados (por verdat bien mesurados).

Euridice IX, con su nombre de yegua inglesa y la larva de la desgracia habitándole (como un huevo del mínimo pájaro que dicen lavanderita) el corazón, fue requerida a amores por el pastor Aristeo, proclamado corsario de mozas campesinas e insaciable galán de las praderas de Tracia.

- Dejad a ese poeta a quien habéis prometido amor. Euridice IX, porque él os herirá de fantasía y os matará de hambre. Las tetas de mis cabras os brindan la leche y el queso, el requesón y el oloroso y dulce quesoillo. Todo lo que tengo es vuestro y los dioses verán con benévolo ojos nuestra compañía. Decidme, Euridice IX, la palabra que espero.

Euridice IX, recatadamente, clavó la mirada sobre la hierba.

- Olvidad vuestro amor, Aristeo, enterradlo en la más honda sima de la montaña, os lo suplico. Amo al hombre a quien prometí amar y preferiría verme muerta a imaginarme infiel. Nada me importan las calamidades que a su lado, puedan esperarme, y todo, os lo aseguro, absolutamente todo, lo doy por un solo minuto de su presencia.

El pastor Aristeo, mientras su cómplice el empavorecido lobo gris del molle detuvo, tan solo unos instantes, su trotecillo cruel, sujetó con ambas manos y ambos pies a Euridice, cuando se vio libre, huyó - veloz como una corza - aguas arriba del Hebro, para que el limpio aire le lavase la suciedad del pecado ajeno.

Fue entonces cuando, mientras se detuvo a lavar su pañuelo, la sierpe le picó en el pie y Proserpina, aprovechándose de que Euridice IX estaba como muerta, la arrastró hasta el horno en eternas llamas de Hades, el dios del mundo invisible. El enamorado Orfeo bajó tras la huella del amor (actitud que fue muy criticada por Fedro, el dialéctico, que amaba el amor por el amor y que no había hecho el amor jamás) y rescató a Euridice IX del fuego eterno. (Su mismo amor, en forma de impaciencia, le acarreo la desgracia: ese cuervo que se viste de sombra para seguir al elegido.)